

# I

## DEME UNA LIBRA Y LE MOSTRARÉ LA CASA DE PAUL McCARTNEY

El minibús celeste que sale del muelle Albert de Liverpool promete «el único recorrido turístico que entra en los hogares de la infancia de Lennon y McCartney». En uno de los costados se ve la caricatura de dos rostros, delineados en el blanco y negro más impreciso posible pero de todas maneras tan inmediatamente reconocibles en todo el mundo como puede serlo el ratón Mickey. A estas alturas, tal vez incluso más.

Durante muchos años, Liverpool exhibió una extraña renuencia a sacar provecho de sus hijos más famosos. Pero ya no. En el muelle Albert, el museo de la Historia de los Beatles recrea toda la saga de una manera tan realista que uno casi podría pensar que ha formado parte de ella. Mathew Street, rebautizada como «Barrio del Cavern», es un bulevar lleno de gente, con tiendas de recuerdos y bares temáticos, además de réplicas casi idénticas del Cavern a pocos metros de donde estaba el original. En North John Street, el lujoso hotel Hard Day's Night ofrece tanto una suite John Lennon como una Paul McCartney, cada una a ochocientas libras la noche y siempre reservadas con varios meses de antelación.

Además, hay una inmensa oferta de Magical Mystery Tours en torno a los principales lugares de peregrinación en el centro de la ciudad —el Pier Head, el St. George's Hall, la estación de Lime Street, el teatro Empire— que luego se dirigen a los suburbios, donde están ubicados los santuarios más sagrados.

Este recorrido, el del minibús celeste, es un poco superior al resto, puesto que lo opera el National Trust, un organismo normalmente dedicado a preservar y restaurar las antiguas casas señoriales de Gran Bretaña. Los dos hogares a los que nos dirigimos no son ni antiguos ni señoriales; sin embargo, entre ambos atraen a tantos visitantes de pago, en proporción a su tamaño, como cualquier palacio Tudor o mansión palladiana del siglo XVIII que esté al cuidado del Trust.

En este caso, como excepción, no se aplicó el orden fijo de precedencia de los dos nombres. El hogar de Paul durante su infancia, en el número 20 de Forthlin Road, Allerton, fue la primera que el Trust adquirió y que, en 1996, abrió al público, como el sitio donde se inició la sociedad compositiva de Lennon y McCartney. Durante algunos años se pensó que el número 251 de Menlove Avenue, Woolton, donde John se crio, no podía considerarse un monumento nacional porque no se podía probar que ninguna canción concreta de los Beatles hubiera sido compuesta allí (incluso aunque Paul y él ensayaban sin cesar en la galería acristalada de la parte delantera). Por fin, en 2002, Yoko Ono, la viuda de John, compró la casa y se la regaló al Trust, junto con una dotación para su restauración y mantenimiento.

El contingente del minibús azul de este domingo está formado por la mezcla de nacionalidades y edades que podría esperarse. Hay un grupo de cuatro personas provenientes de la francocanadiense Montreal encabezados por Pierre Roy, un ejecutivo de radiodifusión que se considera una persona «Paul» hasta sus uñas pasadas por manicura: «Soy géminis como él, zurdo y mi primera novia se llamaba Linda».

Hay un par de mujeres jóvenes, de unos veinticinco años, que han venido respectivamente desde Dublín y Teesside (esta última admite, con un poco de vergüenza, que en realidad prefiere a George). Bernard y Margaret Sciambarella, un matrimonio de unos cuarenta años, se han limitado a cruzar el Mersey desde Wirral, Cheshire, y han traído consigo a su hija, una estudiante de veintiún años. A pesar de que ambos son fervientes fans de los Beatles, solo han hecho este

recorrido una vez. «Siempre sucede lo mismo con las cosas que están tan cerca de tu casa, ¿verdad?», dice Margaret.

Iniciamos nuestra visita por la revitalizada orilla de Liverpool, pasando a un lado, por la vieja ensenada, ahora rodeada de cafeterías y boutiques y, al otro, por edificios comerciales de estilo victoriano que han sido transformados en atractivos apartamentos con vistas al río. En la esquina de James Street se encuentra la antigua sede central de la empresa naviera White Star, donde, un día de 1912, un empleado de cierta jerarquía de la empresa salió al balcón para leer la lista de bajas del *Titanic* a través de un megáfono para que lo oyeran las aturdidadas multitudes que estaban abajo.

Al parecer, las tecnologías de comunicación de hace un siglo eran más fiables que las actuales. «Amigos, lo siento... —es la frase inicial de nuestro chófer—. El autobús está recién salido del taller de reparaciones y el reproductor de CD aún no está conectado. Eso significa que, por desgracia, no tendremos música para que nos acompañe a los sitios que visitaréis durante el recorrido.»

De modo que salimos de la ciudad beatle en silencio, atravesamos la Toxteth asolada por gánsteres, pasamos por la magnífica entrada de hierro de Sefton Park, y continuamos a lo largo de Smithdown Road, donde la madre de Paul fue aprendiz de enfermera. Un giro a la izquierda nos lleva a Queen's Drive y a la antigua casa de la familia de Brian Epstein, que, vergonzosamente, nadie ha considerado jamás digna de preservar para la nación.

—Bien, amigos —nos informa nuestro chófer—, estamos a punto de llegar a un lugar que todos reconoceréis. Lamento que no esté sonando «Penny Lane» para acompañarlo.

¿A quién le importa? La canción resuena más fuerte y clara en la memoria colectiva que en el estéreo más puro. «Penny Lane» está en nuestros oídos y en nuestros ojos, incluso aunque esta mañana sus «azules cielos suburbanos» tiendan más hacia el gris fregona.

Podría decirse que es la obra maestra de Paul, junto con una obra maestra de John, «Strawberry Fields Forever», en el disco sencillo de pop más valioso

jamás publicado. Y Penny Lane, el lugar, compite con el emplazamiento del orfanato del Ejército de Salvación Strawberry Field como santuario beatle más visitado de Liverpool. El cartel con el nombre de la calle fue robado tantas veces a lo largo de las décadas que las autoridades locales decidieron limitarse a pintar el nombre en los edificios. En los últimos tiempos se colocó un cartel supuestamente a prueba de ladrones que duró apenas un poco más que los antiguos.

Penny Lane siempre se ha visto como el título más dulce posible de una canción, que evocaba el inocente mundo de los cincuenta, cuando en Gran Bretaña se utilizaban grandes monedas de cobre de un penique que en muchas ocasiones se remontaban a la época de la reina Victoria, los pasteleros vendían tabletas de chocolate a un penique y las mujeres no orinaban, sino que «gastaban un penique», el precio de utilizar un váter público. En realidad, el nombre conmemora a James Penny, un mercader de esclavos de Liverpool del siglo XVIII. Y la canción tampoco habla de Penny Lane, sino de Smithdown Place, donde termina esa calle (que, en cualquier caso, tiene más conexiones con John que con Paul) y se ensancha en una «plaza con tiendas» y la terminal de varias rutas de autobuses.

Cada una de las características topográficas mencionadas en la letra sigue allí y nos proporciona una banda sonora mental formada por un piano nostálgico, unos bronces anticuados y las notas ligeras de un solo de trompeta pícolo. Sigue habiendo un peluquero «showing photographs of every head he's had the pleasure to have known» [exhibiendo fotografías de cada cabeza que ha tenido el placer de conocer], incluso aunque ya no existan los peinados de estilo «Tony Curtis» y «culo de pato», y el nombre de la peluquería ya no sea Bioletti, como se llamaba durante la infancia de Paul, sino Tony Slavin. Hay una sucursal del banco Lloyds TSB, donde bien podría ser que el banquero no posea ningún «mac» (es decir, un impermeable, no un portátil), y hoy en día resulta incluso más probable que la gente se ría a su espalda.

Aquí se encuentra la isla de tráfico tras cuyo refugio «a pretty nurse» [una bonita enfermera] bien podría estar «selling poppies from a tray» [vendiendo amapolas de una bandeja] (y cada uno de nosotros sabemos a quién representaba). A la izquierda, en Mather Avenue, sigue habiendo una estación de bomberos donde incluso en este mismo momento algún oficial con casco de dragón podría estar mirando la hora en un reloj de arena mientras lustra su «clean machine [...] in his pocket [...] a portrait of the Queen» [máquina limpia (...) en el bolsillo (...) un retrato de la reina].

Las casas en las que Paul y John pasaron su infancia se encuentran a menos de cuatrocientos metros de distancia entre sí, pero en suburbios separados cuyas diferencias sociales siguen siendo muy notables. Allerton, al menos en este lado, consiste predominantemente en *council houses*, viviendas de clase obrera subvencionadas por el ayuntamiento, mientras que Woolton es un enclave para gente adinerada, habitado por industriales, profesionales y profesores de la Universidad de Liverpool. En 1957, cuando John y Paul se conocieron, esa distinción se multiplicaba por mil.

En el minibús azul hemos regresado a la jerarquía tradicional. La primera parada es «Mendips», el chalet semiadosado con falsas florituras Tudor donde John, ese supuesto «héroe de la clase obrera», pasó una irreprochable infancia de clase media y más bien mimada, al cuidado de su enérgica tía Mimi.

Permanecemos en los frondosos bulevares de Woolton durante casi dos horas, luego avanzamos por Mather Avenue y nos detenemos en la puerta del número 20 de Forthlin Road. Otro minibús idéntico está esperando a un grupo anterior al nuestro que en ese mismo momento empieza a salir por el minúsculo jardín delantero. En el mareado zumbido de su conversación se distinguen el francés, el español y el ruso, o tal vez el polaco. «Well, she was just seventeen...», canta una voz masculina con acento holandés. «You know what I mean...», responde un coro internacional.

Para los oídos británicos modernos, el término *council house* tiende a asociarse con los escalafones más bajos de la sociedad pero, en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, esas viviendas construidas y subsidiadas por las autoridades locales representaban un milagroso salto hacia arriba en comparación con unos barrios bajos atestados y antihigiénicos, con chabolas pegadas las una a las otras.

El número 20 de Forthlin Road es un clásico ejemplo de la variedad de casas adosadas: dos plantas con una fachada sin adornos (lo que en los cincuenta significaba ultramoderno) con una gran ventana en la planta baja, dos pequeñas en el piso superior y una puerta delantera con paneles de cristal bajo un porche con forma de cuña. Aunque es un monumento nacional, no posee una de las placas azules que distribuye el English Heritage, el organismo complementario del National Trust, para indicar las casas de grandes figuras de la historia. Las placas azules solo se conceden cuando la gran figura está muerta o ha cumplido cien años.

Al igual que «Mendips», esta casa tiene un custodio residente que también hace las veces de guía del recorrido. La mayoría de ellos son fans devotos para quienes vivir en la antigua casa de John o de Paul, restaurada a la atmósfera de los cincuenta, es como si tocaran el cielo con las manos. De hecho, durante algunos años la casa de Forthlin Road tenía un custodio con una asombrosa semejanza facial con Paul, aunque se llamaba, para mayor confusión, John.

Hoy, nuestra guía es una mujer de aspecto maternal y pelo pálido y rizado que se presenta como Sally y que luego, con tacto, nos despoja de nuestros bolsos y cámaras, mientras nos promete que estarán bien cuidados «en exactamente el mismo lugar donde los McCartney solían dejar sus sombreros y abrigos».

Cuando el National Trust adquirió la casa, la única condición de Paul fue que no se tratara solo de un altar a los Beatles, sino de un monumento en memoria de una familia. «Y, al principio —nos recuerda Sally—, este era un lugar muy triste para él.» En el pequeño pasillo que está encima de la puerta de la calle hay una sola placa de madera:

EN CARIÑOSO RECUERDO DE  
MAMÁ Y PAPÁ  
MARY Y JIM

A la izquierda se encuentra el salón donde Paul empezó a componer canciones con John (aunque antes ya había tratado de escribirlas por su cuenta). Es un espacio diminuto en el que casi cada centímetro cuadrado lo ocupa un macizo «juego de tres piezas» formado por un sofá y dos sillones a juego, una lámpara normal y corriente con flecos y un diminuto televisor empotrado en una estructura de madera. Sobre una mesa lateral se apoya el pesado teléfono negro de disco (Garston 6922) que, durante un tiempo, fue el único de toda la calle. El National Trust escogió el papel pintado, amarillo y con grabados en el estilo Willow Pattern, por considerarlo típico de esa clase de salas a principios de los cincuenta; luego, cuando estaban decorando la casa, salió a la luz parte del papel original, que era azul plateado de estilo *chinoiserie*. Un fragmento se montó en cartón sobre plástico y se elige a un miembro privilegiado de cada grupo del tour para que lo sostenga a fin de que los demás puedan verlo.

Contra la pared hay un piano vertical, de la clase que en una época era habitual en tantos salones principales de Gran Bretaña. «Fue en esta sala donde Paul, cuando tenía dieciséis años, se sentó al piano y compuso “When I’m Sixty-Four” —dice Sally—. Y, como probablemente sepan [*¿probablemente?*], el piano provenía de la tienda North End Road Music Stores, o NEMS, que era propiedad de la familia de Brian Epstein. No, este no es el mismo piano —añade antes de que nadie tenga tiempo a preguntárselo—. Ese lo tiene Paul.»

Sobre el televisor está colgada la fotografía tomada por su hermano Michael de él y John en unos sillones frente a frente, enfrascados en los diapasones de sus dos guitarras para diestros y para zurdos durante, según se dice, la composición de «I Saw Her Standing There» (de ahí, el holandés cantante que había antes fuera). «Los dos tenían la regla de que si no podían recordar una canción nueva

al día siguiente, entonces no valía la pena conservarla —continúa Sally—. En caso afirmativo, Paul la escribía en el cuaderno de ejercicios de la escuela. Y todavía lo conserva.»

Unas puertas plegables de madera dan a un diminuto comedor y, más allá, a una cocina equipada con productos de los años cincuenta, como el detergente Rinso, el almidón Robin y el jabón Lux. Después de que los McCartney se mudaran, en 1964, una familia llamada Smith ocupó la casa durante treinta años e instaló un mobiliario de cocina moderno, que incluía un fregadero de acero inoxidable. Cuando el National Trust se hizo cargo de la vivienda, se descubrieron los escurrideros originales de madera en una cavidad en el techo. Y, más tarde, se encontró en el jardín trasero el fregadero de porcelana que los acompañaba, que había pasado a usarse para poner plantas.

El jardín consiste en un modesto rectángulo de césped que sigue dando a la academia de policía de Mather Avenue. «Por supuesto que allí había caballos de la policía cuando Paul era un niño —explica Sally—. De modo que tenían disponible una buena cantidad de abono para las rosas de su papá.» El cobertizo de madera albergaba una habitación anexa —donde se frotaba la ropa a mano y después se pasaba por los rodillos de una especie de «plancha» de hierro forjado — y un váter exterior. Ahora contiene un «baño» para los visitantes («A fin de cuentas, este es un recorrido largo », aclara Sally) y un armario pequeño para la guía, donde ella ha dejado su almuerzo, consistente en una *focaccia* de tomate desecado.

Nos enseña la tubería del desagüe por la que, a altas horas de la noche, Paul trepaba para salir por la ventana del baño interior y hacer pasar a John por la puerta delantera sin despertar a su padre. Esta debe de ser la única propiedad del National Trust donde la tubería del desagüe posee interés histórico.

Subimos al gran dormitorio de la parte trasera de la casa que Paul le cedió a su hermano menor, Michael, aunque ambos guardaban la ropa allí. Colgados en la cabecera de la cama hay un par de auriculares negros de baquelita para la radio iguales a los que transmitieron por primera vez el celestial contagio del rocanrol.



La antigua habitación de Paul, que da a la calle, no es mucho más amplia que su estrecha cama individual. Sobre el cobertor se ve una colección de artefactos significativos, entre ellos una edición de bolsillo de *Under Milk Wood* de Dylan Thomas (es decir: un buen alumno de inglés) y una réplica de su primerísima guitarra, la Zenith rojiza con acabado tostado tipo *sunburst* y agujeros en forma de «f». «Paul todavía conserva la original» nos dice Sally, casi innecesariamente.

Aquí se permite que cada grupo disponga de unos minutos para lo que en una iglesia se llamaría «una reflexión en silencio». Y suele ser en silencio o, en cualquier caso, sin palabras. «Algunos ríen, otros lloran —comenta Sally—. En su mayoría están muy conmovidos.»

En todos los años que el número 20 de Forthlin Road ha estado abierto al público, Paul jamás ha visto el interior restaurado, aunque ha realizado numerosas visitas de incógnito para mirarlo desde el exterior. Una vez, cuando trajo a su hijo James, lo abordó un chiquillo de una casa vecina. Sin darse cuenta de con quién hablaba, el chaval intentó hacerle un chanchullo con todo el descaro liverpuliano que tenían los Beatles en su apogeo.

—Oiga, señor, deme una libra y le mostraré la casa de Paul McCartney.